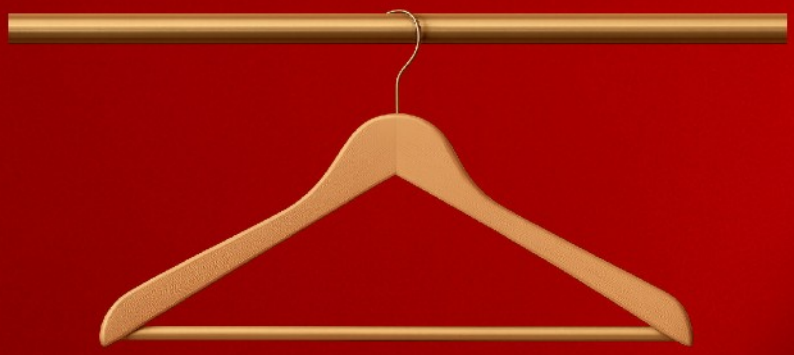
La Comédiathèque



El Batín

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El Batín

Una comedia de Jean-Pierre Martinez

Alex y Clara, empleado de banco e enfermera respectivamente, llevan una vida tranquila en su piso de las afueras de París. Hasta que un día Alex decide darse un capricho con los 400 euros que ha ganado en la lotería: un magnífico... batín.

¿Has oído hablar alguna vez del «síndrome de Diderot»? Puede ser devastador...

Personajes

Alex

Clara

© La Comédiathèque

Escena 1

La sala de estar de un piso modesto, amueblada principalmente con dos sillones de aspecto muy humilde. Clara entra con unas bolsas de la compra de colores chillones de un supermercado de descuento. Es una mujer de clase media, que regresa a casa cansada después de una jornada de trabajo. Suena su móvil. Se deshace de las bolsas y contesta con gesto extenuado.

Clara – ¿Diga...? *(Se suaviza al reconocer la voz de su interlocutora)* ¡Ah, Jessica! No, no, acabo de llegar. *(Se quita el impermeable y se deja caer en un sillón)* ¿Y qué tal...? *(Su rostro se queda helado)* ¿No...? ¿Lola? Joder... Lo siento muchísimo... ¿Y cuándo ha pasado...? Vale... Vale... Joder... No sé qué decir... ¿Diecisiete años...? ¿Y de qué ha muerto...? ¿De vieja...? Claro, diecisiete años ya son bastantes, ¿no? Para una perra. Espera, lo miro en ChatGPT... Diecisiete años para una perra equivalen a noventa y un años para una mujer. No, claro, no es como si fuera tu madre... O tu suegra... Sí, yo también, a decir verdad, lo preferiría, pero bueno... Al final, una se encariña. Pues mira, yo, bien... Bueno... En el hospital, cada vez peor, ya sabes. Con los recortes de personal, ahora una enfermera tiene que hacer también el trabajo de una limpiadora. Corremos todo el día, ya no tenemos tiempo de charlar con los pacientes. No, de verdad, a veces me pregunto si no sería mejor irme a trabajar a la privada. A una clínica de cirugía estética, por ejemplo, ¿por qué no? Seguro que me pagarían mejor. Y me valorarían más. Y en una clínica privada... si me acuesto con el cirujano, igual hasta me arregla la nariz gratis. ¿Que por qué la nariz? No sé, lo he dicho por decir. Nunca me ha gustado mi nariz. No, porque en la pública, te lo juro... Aunque te acuestes con el director, no estoy segura de que te quiten las amígdalas gratis. En fin... Tampoco es por eso que elegí esta profesión. Cuando empecé, pensaba que podría ser útil, ¿sabes...? Salvar vidas. Como en las series americanas que veía en la tele. Y al final, me paso el tiempo vaciando cuñas y cambiando sábanas... No, se dice una vida de perro, pero... No están tan mal, los perros. Somos nosotros los que trabajamos para pagarles las croquetas, ¡y luego recogemos sus mierdas! Ay, te lo juro... Y además la ventaja de una vida de perro es que dura menos. No, créeme, está mejor donde está, la pobre... *(Se oye el timbre de la puerta de entrada)* Voy a tener que dejarte. Es Alex. Se ha vuelto a olvidar las llaves. Y tengo que meter los congelados en el congelador. En el autobús pensé que había roto aguas. Los polos se me estaban derritiendo en las rodillas... No, no estoy embarazada, ¿por qué? Bueno, te llamo luego... Vale... Yo también, un beso... Y dale recuerdos a Kevin de mi parte...

Guarda el móvil y va a abrir la puerta. Vuelve acompañada de Alex, de aspecto muy corriente, pero con un aspecto algo distraído.

Alex – Perdona, he dejado las llaves en el cajón de mi mesa de la agencia.

Clara – Como siempre...

De repente parece exaltado.

Alex – Sí, pero esta vez tengo una buena razón.

Clara – ¿Una buena razón para olvidar tus llaves?

Alex – ¡Una buena razón para estar despistado! ¿A que no sabes qué?

Clara – ¿Qué?

Agita un boleto de lotería.

Alex – ¡Mis números de la lotería! ¡Han salido!

Clara – ¿Tus números de la lotería?

Alex – Bueno, no todos, pero...

De pronto, ella también se entusiasma.

Clara – ¿Entonces hemos ganado el gordo? ¿Somos multimillonarios?

Él modera su entusiasmo para no darle falsas esperanzas.

Alex – No exactamente... Solo tengo cuatro números, pero bueno...

Clara – ¿Cuánto?

Alex – 400 euros.

Ella se muestra obviamente decepcionada.

Clara – Ya... Me lo imaginaba...

Alex – Son 400 euros, de todas formas. ¿No te alegras?

Clara – Sí, sí, claro, es solo que... Si me hubieras dicho directamente: cariño, he ganado 400 euros en la lotería... Pero al oírte, ya me veía cambiando de vida. Dejar de trabajar, coger un billete de avión a cualquier parte, pero lo más lejos posible, comprar una villa con piscina junto al mar...

Alex – Cuando se vive junto al mar, no hace falta piscina, ¿no...?

Clara – Supongo que eso es lo que llaman lujo. Tener cosas que en realidad no hacen falta. En cualquier caso, nosotros no vivimos junto al mar, y tampoco tenemos piscina... Y a eso es a lo que llaman una vida de mierda...

Alex – Con 400 euros, al menos podemos darnos un pequeño capricho...

Clara – Sí... Siempre podemos comprarnos un bono de entradas para la piscina municipal. O incluso un abono anual para dos personas.

Alex – Perdona, pensaba que te haría ilusión.

Clara – ¡Pues claro que me hace ilusión! Perdóname. Estoy un poco de los nervios últimamente... Y además, Jessica acaba de decirme que ha perdido a su perra.

Alex – A lo mejor la encuentra.

Clara – Lo dudo, está muerta...

Alex – ¿Jessica? ¿Ha muerto?

Clara – ¡Lola, la perra de Jessica, es ella la que ha muerto!

Alex – ¡Joder! ¿Y de qué ha muerto? *(Clara se dispone a contestar, pero él la interrumpe)* Espera, no sé por qué te lo pregunto, me da igual. Sobre todo hoy, con estos 400 euros que nos caen del cielo...

Clara – ¿Y entonces? ¿Qué vas a hacer con esa fortuna?

Alex – No lo sé muy bien, precisamente...

Clara – Pues sí... 400 euros... Ni siquiera da para arreglarse la nariz.

Alex – ¿No te gusta mi nariz? Nunca me lo habías dicho...

Clara – Hablaba de la mía...

Alex – Está muy bien, tu nariz. Tu madre la tiene exactamente igual.

Clara – Sí, justamente.

Alex – Yo qué sé... Ponte escotes más a menudo. Como tu madre...

Clara – ¿Y qué tiene que ver eso con mi nariz?

Alex – Nada, pero la gente mirará menos tu nariz. Los hombres, al menos.

Clara – Gracias... No se me había ocurrido.

Alex – Es cierto que 400 euros... no es suficiente para hacer una compra realmente útil. Y tampoco basta para una locura...

Clara – Podríamos ir a un gran restaurante con cuatro estrellas Michelin.

Alex – Creo que el máximo de estrellas, en Michelin, son tres.

Clara – Pues que sean tres.

Alex – ¿Con 400 euros, tú crees?

Clara – Digamos una, entonces.

Alex – Sí, pero después no nos quedará nada.

Clara – Ir al menos una vez en la vida a cenar a un restaurante gastronómico, sería un recuerdo.

Alex – Ya...

Clara – Seguro que en ese tipo de restaurantes se cruzan con gente que sí ha ganado la lotería...

Alex – O si no, los pongo en mi libreta de ahorros.

Clara – Ah, sí, ahí estamos lejos de hacer una locura, efectivamente. No por nada trabajas en un banco.

Alex – Al tipo de interés actual... *(Saca una calculadora)* Dentro de... 694 años tendremos 500.000 euros y podremos comprar una casa.

Clara – O si no vamos al casino y lo apostamos todo al cero.

Alex – 35 veces la apuesta. *(Teclea de nuevo en la calculadora)* Eso hace 14.000 euros.

Clara – O nada en absoluto, si por desgracia el cero no sale a la primera.

Alex – Tienes razón, mejor gastarlos. Lo pensaré.

Clara – Eso, piensa... Mientras tanto, voy a meter lo que queda de los polos en el congelador.

Alex – ¿Has comprado polos?

Clara – No sé en qué estaba pensando. Una locura. Tenía ganas de chupar algo que de verdad me hiciera ilusión.

Él parece un poco excitado con la idea.

Alex – Genial... Podríamos hacerlo juntos...

Clara – Lamentablemente, ya no. Se han derretido en mi bolsa...

Negro.

Escena 2

Alex llega con unas bolsas de compras de las Galerías Lafayette. Cruza el escenario para dejar las bolsas al otro lado, que se supone es la entrada al dormitorio. Vuelve y se quita la chaqueta, con aire satisfecho. Escucha el contestador automático.

Voz en off – Hola Alex, soy Kevin. Te llamo por lo de la barbacoa del sábado. Era para deciros que... Si pudierais llegar más bien hacia las 20 horas, nos vendría mejor. Jessica termina a las 18 en la peluquería, no estará en casa antes de las 19, y yo tengo que recoger el coche del taller al salir del curro, antes de pasar por el supermercado a comprar las salchichas. Así que, entre poner en marcha la barbacoa... En fin... ¿traéis el postre, como siempre? Bueno, pues hasta el sábado, entonces.

Alex no parece especialmente entusiasmado con la invitación. Entra Clara. Él recupera la sonrisa.

Alex – Buenas tardes, cariño, ¿has pasado un buen día?

Clara – Un infierno... ¿Te he dicho que Lola estaba de baja por enfermedad?

Alex – Sabía que ahora había mutuas para los perros, pero no que podían cogerse la baja por enfermedad... Y además, creía que estaba muerta.

Clara – ¡Lola, mi compañera de trabajo!

Alex – Ah, sí... Lola... También vaya idea ponerles a las perras nombres de mujeres. O al revés... Lola, pero vamos a ver... ¿Te imaginas si yo me llamara Rocky o Snoopy?

Clara – Un *burn-out*, como se dice ahora. Antes lo llamaban depresión nerviosa, pero parece que *burn-out* suena más moderno. Total, como no la van a sustituir, tengo que hacer todo su trabajo además del mío. Te juro que a este ritmo yo también voy a acabar con un *burn-out*. Pero tú parece que estás bien. ¿Has vuelto a ganar a la lotería?

Alex – No, pero he encontrado en qué gastar mi anterior premio.

Clara – ¡Genial! De verdad necesitaba una buena noticia para animarme después de este día de mierda. ¿Y bien...?

Alex – ¡Sorpresa!

Clara – Me encantan las sorpresas...

Alex – Ahora vuelvo...

Clara se quita el impermeable y se sienta, con una sonrisa divertida. Alex vuelve... con un batín rojo puesto encima de la ropa.

Alex – ¡Y aquí está!

Clara se queda un momento atónita.

Clara – ¿Aquí está qué?

Alex – Aquí está...

Clara – ¿Y dónde está la sorpresa, aparte de... ese ridículo albornoz? ¿Nos vamos a un spa, o qué?

Alex – No es un albornoz, es un batín.

Clara – ¿Y...?

Alex – Pues esa es la sorpresa.

Clara – ¿Una bata?

Alex – Un batín. Sí.

Clara – Pero un batín... ¿para ti o para mí?

Alex – Para mí.

Clara – Esto es una broma, ¿no?

Alex – No, ¿por qué?

Clara – ¿Un batín? ¿Un batín rojo?

Alex – ¿Y por qué no?

Clara – Pero vamos a ver... hoy en día ya nadie se pone batín. Y mucho menos un batín rojo

Alex – No sabía qué comprarme. Decidí darme un capricho, algo bonito.

Clara – ¿Algo bonito?

Alex – Pensé que te haría ilusión.

Clara – Que te compres, para ti, semejante horror. Parece hecho con las cortinas de un castillo medieval, ese batín.

Alex – A mí me parece muy elegante.

Clara – ¿Pero dónde has encontrado eso?

Alex – En las Galerías Lafayette.

Clara – ¿Has ido a las Galerías Lafayette y les has dicho que querías un batín rojo?

Alex – No fue exactamente así. Quería darme un capricho con algo original. Algo con clase. Y la vendedora me propuso esto.

Clara – No, hombre, se ha reído en tu cara. Esa monstruosidad debía de llevarles años muerta de risa en el almacén desde el siglo pasado, y han encontrado a un pardillo al que colocársela. Estoy segura de que la vendedora va a llevarse una prima por haber conseguido librar la tienda de semejante trasto absolutamente invendible. ¿Te hizo tilín, verdad?

Alex – Era una señora gorda, cercana a la jubilación.

Clara – Ahora lo entiendo. En su juventud, ese tipo de pinta todavía estaría de moda. Pero sácame de una duda, Alex. ¿Cuánto habías ganado en la lotería, ya?

Alex – 400 euros.

Clara – ¿Y cuánto te ha costado esa bata?

Alex – Costaba 550 euros, pero la vendedora aceptó dejármela en 400.

Clara – ¡400 euros por una bata! ¡Eso es un robo!

Alex – Es de marca... Siento que no te guste. Ya lo habíamos hablado. No sabía qué comprar. Decidí darme un gusto, algo que me hiciera ilusión. Como tú con los polos...

Clara – ¿Los polos? ¡Estaban en oferta, los polos! ¡Me costaron 3 euros con 99 céntimos!

Alex – Todo eso para dejarlos derretirse en tu bolso...

Clara – ¿Has guardado el tique de compra?

Alex – Sí.

Clara – Dámelo, voy a devolver esta bata. Y la vendedora va a oírme.

Alex – ¿Devolver mi batín? ¡Ni hablar!

Clara – Pero bueno, Alex, podrías haber comprado cualquier otra cosa con esos 400 euros. Sin hablar de regalarme algo a mí, claro está. ¿Por qué un batín?

Alex – No sé. Quería... algo que no sirviera para nada, por una vez. Algo que a nadie más se le ocurriría comprar.

Clara – En eso has acertado. Pero no sé, podrías haber comprado... un cuadro, por ejemplo. Lo habríamos colgado en la pared.

Alex – ¿Un cuadro? ¿Por 400 euros?

Clara – A un joven artista. Al menos habríamos podido esperar que subiera de valor.

Alex – ¿Y dónde lo habríamos colgado, ese cuadro? Francamente, Clara, en este piso cutre, una obra de arte quedaría fatal, ¿no?

Clara – ¿Este piso cutre?

Alex – ¡Nunca hemos pintado las paredes!

Clara – ¿De quién es la culpa?

Alex – ¿De dónde quieres que saquemos dinero para pintar las paredes?

Clara – Ganando 400 euros en la lotería, por ejemplo. Pero vamos a ver, Alex... ¿Conoces a alguien que use bata, tú?

Alex – Sacha Guitry llevaba muy bien la bata.

Clara – ¿Sacha Guitry? ¿Quién es ese? ¿Lo conozco?

Alex – Es un autor de teatro. Fue muy famoso en el periodo de Entreguerras.

Clara – ¿El Entreguerras? ¡Pero si eso fue hace un siglo! Por cierto, ¿cómo conoces tú a Sacha Guitry? Nunca vamos al teatro...

Alex – Fue la vendedora la que me dijo que Sacha Guitry llevaba casi la misma.

Clara – Casi la misma...

Alex – En cualquier caso, he comprado esta bata, a mí me gusta, ¡y no la devolveré!

Hace una salida teatral. Ella se queda un instante inmóvil, luego saca el móvil y marca un número.

Clara – ¿Jessica? No vas a adivinar lo que me ha pasado...

Negro.

Escena 3

Alex, todavía envuelto en su batín, está de pie en medio del escenario, aparentemente muy satisfecho de sí mismo. Da unos pasos, luego se sienta en uno de los sillones con un gesto muy teatral. Cruza las piernas y apoya las manos bien planas sobre los dos reposabrazos. Entra Clara.

Clara – ¿Ya estás en bata...?

Alex – ¿Te molesta?

Clara – Voy a intentar acostumbrarme. No prometo nada...

Alex – Un batín no es un pijama ni un albornoz. Es una prenda de estar en casa, se puede llevar todo el día.

Clara – ¿Todo el día?

Alex – Solo en casa, claro. No para salir, evidentemente.

Clara – Me dejas más tranquila... Pero cuando dices en casa... quieres decir cuando no hay nadie, ¿verdad?

Alex – Sacha Guitry recibía con gusto a sus amigos en bata.

Clara – ¡Otra vez Sacha Guitry! Es una obsesión...

Alex – Jean Cocteau o Sigmund Freud también llevaban muy bien el batín. En aquella época era un signo de elegancia desenfadada.

Clara – ¿De dónde sacas eso?

Alex – De ChatGPT... La bata era el distintivo de los grandes burgueses y de los intelectuales. ¡Las mayores obras de la literatura fueron escritas por hombres en batín!

Clara – Mi abuela llevaba una bata vieja y créeme, no escribió nada en su vida.

Alex – Puede ser, pero yo, cuando me pongo este magnífico batín, tengo la sensación de ser otro hombre. No sé por qué... Me inspira...

Clara – No me digas que también has decidido ponerte a escribir... ¿no?

Alex – ¿Y por qué no?

Clara – Pues sí, ¿por qué no...?

Alex – Mientras tanto, también me he comprado una pluma.

Saca del bolsillo de la bata una estilográfica.

Clara – ¿Una pluma...? ¿Quieres decir...?

Alex – Una estilográfica, sí. Una Montblanc.

Clara – ¿Una Montblanc? ¿Y eso qué es?

Alex – ¡Es la marca de plumas más prestigiosa! Dicen que Ernest Hemingway escribía con una pluma como esta. De hecho, este modelo lleva su nombre. ¿Nunca has oído hablar de las plumas Montblanc?

Clara – No. ¿Y por qué has comprado una pluma? Quiero decir... ¿una pluma de lujo?

Alex – ¡Para ir a juego con la bata!

Clara – De acuerdo... ¿Y qué piensas escribir con eso?

Alex – No lo sé... También puedo usarla en el banco para rellenar las remesas de cheques.

Clara – No me digas que piensas ir a trabajar en bata...

Alex – ¡Pero no, mujer! ¡Te digo que la bata es una prenda de interior!

Clara – Me estás preocupando, Alex...

Alex – De hecho, me pregunto si no debería comprar también un escritorio.

Clara – ¿Un escritorio? Bueno, ¿y por qué no...? Podemos ir a IKEA el sábado, si quieres.

Alex – ¿IKEA? ¡Estás de broma! No, quiero decir un escritorio de estilo.

Clara – Ya veo... Para ir a juego con la bata y la pluma...

Saca una hoja de papel en la que ha impreso la fotografía del escritorio.

Alex – Mira. He encontrado este en la web de un anticuario.

Clara – ¿Cuánto?

Alex – Más caro que la pluma, desde luego. El anuncio dice que este escritorio podría haber pertenecido al abuelo de Marcel Proust.

Clara – ¿Podría haber pertenecido...? Y me imagino que es esa mínima probabilidad la que explica su precio exorbitante, ¿no?

Alex – ¿Qué opinas?

Clara – Opino que este premio de lotería empieza a salirnos caro, Alex. Muy caro...

Negro.

Escena 4

Siempre envuelto en su batín, Alex está sentado detrás de un escritorio de estilo, con la pluma en la mano, con el aire concentrado de un escritor en busca de inspiración. Entra Clara, otra vez cargada con bolsas de la compra.

Clara – ¿Ya has vuelto? Normalmente terminas a las 6, ¿no?

Alex – Me he cogido la tarde libre.

Clara – ¿Ah, sí? Imagino que no habrá sido para ayudarme a llevar las bolsas...

Alex – ¿Has vuelto a hacer compras? Me pregunto cómo hacemos para comernos todo eso. Si solo somos dos, al fin y al cabo...

Clara – Será porque no todo se come. También hay champú, detergente, papel higiénico... ¿Quieres la lista completa?

Alex – Confío en ti.

Clara – Gracias... ¿Y tú, has pasado un buen día?

Alex – Me he puesto a escribir.

Clara – ¿A escribir?

Alex – Sí.

Clara – ¿A escribir qué?

Alex – No lo sé todavía. Pero una pluma como esta... Dan ganas de escribir, ¿no?

Clara – Sobre todo con un escritorio así... que nos ha costado una fortuna y ocupa la mitad del salón.

Alex – Es verdad que este salón es un poco pequeño para un escritorio de estilo.

Clara – Más bien di que este escritorio es un poco grande y un poco ostentoso para este piso pequeño. Hubo que desmontar las patas para hacerlo pasar por la puerta.

Alex – Sin hablar del ascensor...

Clara – Los repartidores tuvieron que subirlo por las escaleras hasta el piso 18.

Alex – Por eso les dejé una pequeña propina.

Clara – No todos los días tendrán que subir un escritorio como este hasta el último piso de una torre de un barrio de viviendas sociales.

Alex – Tienes razón... Cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que desentona con todo lo demás.

Clara – Todavía estamos a tiempo de deshacernos de él. ¿Quieres que ponga un anuncio en Wallapop? Un escritorio que quizá haya pertenecido al abuelo de Marcel Proust, eso debería revenderse bien... Con un poco de suerte, hasta sacamos un pequeño beneficio...

Alex – Yo más bien pensaba en cambiar de piso.

Clara – ¿Cambiar de piso? ¿Con qué dinero? ¡Ya nos cuesta bastante pagar el alquiler de este cuchitril!

Alex – No lo sé, pero siento que estoy en un momento decisivo de mi vida.

Clara – ¿Porque has ganado 400 euros en la lotería?

Alex – Las cosas van a cambiar, estoy seguro.

Clara – ¿Entonces crees de verdad que basta con tener una bata casi como la de Sacha Guitry, un escritorio que quizá haya pertenecido al abuelo de Marcel Proust, y la misma pluma que utilizaba Hemingway... para convertirse instantáneamente en un gran escritor?

Alex – Lo que está claro es que no voy a seguir haciendo sudokus en él.

Clara – Me asustas, Alex. Me da reparo decírtelo, pero... Quizá deberías pensar en consultar a alguien, ¿no?

Alex – ¿Porque quiero evolucionar? ¿Porque ya no me conformo con esta pequeña vida rutinaria que tenemos?

Clara – ¡Porque desde que te has puesto esa bata ya no eres tú mismo, Alex! ¡Tú mismo lo has dicho! Tienes la sensación de ser otro hombre.

Alex – Era solo una manera de hablar...

Clara – Ya no te reconozco, Alex... Antes, te venía muy bien nuestra pequeña vida. Me pregunto si no estará embrujada, esa bata...

Alex – ¿Embrujada?

Clara – ¡O poseída! Igual que hay casas encantadas, ¿por qué no podría haber ropa encantada también? ¿Estás seguro de que esa bata no perteneció realmente a Sacha Guitry?

Alex – Pero bueno... la que delira eres tú, cariño.

Ella hace hacia él un gesto para conjurar al diablo, como cruzando los antebrazos.

Clara – ¡Sacha Guitry, sal de esa bata!

Él la mira con estupor.

Negro.

Escena 5

Alex sigue sentado en su escritorio, pero esta vez está escribiendo. Clara llega del trabajo con una caja de pizza en la mano. Totalmente absorbido en su escritura, él no nota su presencia. Ella lo observa un instante con suspicacia. Finalmente él la ve y da un respingo.

Alex – Me has asustado...

Clara – Tenías un aire tan concentrado que no me he atrevido a molestarte...

Alex – No sabes cuánto lo dices en serio... Estaba tan metido en ello... que ni siquiera he pensado en comer al mediodía.

Clara – Pobrecito... Mientras yo me lo tomaba con calma en el hospital, entre mi jefa de servicio histérica y mis pacientes incontinentes.

Alex – Ni siquiera te he visto entrar. Lo primero que he notado ha sido el olor de la pizza.

Clara – Qué detalle... Y yo que pensaba que me habías echado de menos...

Alex – Cuando uno tiene realmente hambre... Incluso me pregunto cómo es que los grandes modistos no han tenido todavía la idea de un perfume que huela a pizza.

Clara – Tú, desde luego, no pareces falto de inspiración... ¿Qué escribes así?

Alex – Mis memorias.

Clara – ¿Tus memorias? ¿No te encuentras bien?

Alex – Me encuentro muy bien, ¿por qué?

Clara – No, como estás escribiendo tus memorias...

Alex – No he dicho que escribiera mi testamento. Tranquila, no voy a morirme ahora mismo. No es porque uno escriba sus memorias que esté planeando morirse pronto...

Clara – Pero suele ser al final de la vida cuando se escriben las memorias, ¿no? ¿No crees que es un poco pronto?

Alex – Chateaubriand empezó a escribir sus memorias a los cuarenta años. Solo estaba en la mitad de su vida...

Clara – Sí, pero... tú no eres Chateaubriand. Me imagino que él, a los cuarenta, ya había tenido una vida bien llena. ¿Qué puedes contar tú de interesante? ¡Has tenido una vida de mierda!

Alex – Te agradezco que me lo recuerdes. Pero la vida de cualquiera puede ser interesante, ¿sabes? Depende de cómo se cuente.

Clara – Aun así, hay límites...

Alex – Podrías al menos hacer como que me animas.

Clara – Sí, sí, claro... Estoy deseando leerlo, pero... ¿Habla también de mí?

Alex – Todavía no... De momento es la vida que tuve antes de conocerte.

Clara – Por la forma en que lo dices, parece que es la parte más interesante...

Alex – Mi vida contigo no ha hecho más que empezar, cariño.

Clara – Si tú lo dices...

Ella sale. Él queda un instante perplejo, luego vuelve a escribir.

Negro.

Escena 6

Alex sigue sentado en su escritorio, sobre el cual se alza una pila de libros. Está escribiendo. Entra Clara.

Clara – Cada vez llegas más temprano.

Alex – Me he cogido una semana de vacaciones.

Clara – No sabía que te quedaban tantos días por coger. ¿Recuerdas que este verano vamos a Bretaña a casa de mi hermano...?

Alex – No corro el riesgo de olvidarlo, me lo recuerdas todos los días.

Clara – Al menos no tendremos que pagar alquiler allí. Ahora que te has tragado nuestro presupuesto de vacaciones de los próximos tres años con tu batín de lujo, tu pluma dorada y tu escritorio de estilo.

Alex – El batín fue con mi premio de lotería.

Clara – Y entonces, te has cogido una semana de permiso.

Alex – Hay que encontrar tiempo para escribir.

Clara – ¿Ya no te bastan las noches?

Alex – Por la noche estás tú, me cuesta concentrarme.

Clara – No sé muy bien cómo debo interpretar eso. ¿Es la emoción de volver a verme después de haberte privado de mi presencia todo el día, o el ruido que hago fregando los platos y tirando de la cadena?

Alex – Un poco de las dos cosas...

Clara – Sin embargo, ya he dejado de ver la tele para no molestarte...

Alex – Por eso me pregunto si no sería mejor cogerme un año sabático.

Clara – ¿Quieres decir... un año de permiso sin sueldo?

Alex – No todo en la vida es el dinero.

Clara – No, pero ayuda a pagar el alquiler. Sobre todo si piensas alquilar un piso más grande y más acorde con tu batín y tu nuevo escritorio.

Alex – ¿Tienes otra solución?

Clara – Podrías escribir de noche.

Alex – Ya no soy de trasnochar, así que de noche menos todavía... No, yo tengo las ideas claras por la mañana.

Clara – ¿Las ideas claras...? ¿Piensas dejar tu trabajo para convertirte en escritor, cuando hasta ahora lo más largo que te he visto escribir es una postal? ¿Todo porque una vendedora de las Galerías Lafayette te endosó una bata completamente anticuada? ¿Y a eso lo llamas tener las ideas claras?

Alex – ¿Por qué te enfadas así? ¡Tampoco es como si me hubiera metido en las drogas!

Clara – Pues mira, casi lo preferiría... *(Se fija en la pila de libros)* ¿Y todos esos libros?

Alex – He empezado a releer a los clásicos. Tú también deberías hacerlo. Ahora que ya no ves la tele...

Clara – ¿Releer a los clásicos? ¡Es una broma! El último libro que te vi leer fue *Astérix*.

Alex – Digamos leer, entonces... Voltaire, Rousseau, Diderot... El Siglo de las Luces.

Clara – ¡Pero despierta, Alex! ¡El Siglo de las Luces se acabó!

Alex – Es una lástima, fue una época mucho más interesante que la nuestra, y que desembocó en la Revolución Francesa.

Clara – Bueno, en cualquier caso, te quitas esa bata y te preparas, porque no sé si recuerdas, pero hoy es sábado. Vamos a la barbacoa de Kevin y Jessica esta noche. Ya que no está muerta...

Alex – Casi lo preferiría...

Clara – ¿Perdón?

Alex – No, decía... He cancelado.

Clara – ¿Qué?

Alex – Quiero decir... que he dicho que no iríamos.

Clara – ¿No iríamos...? ¿Entonces ahora decides por mí? ¡Podrías haberme pedido mi opinión! ¡Si hasta he comprado el postre!

Alex – Como me habías dicho que estabas cansada...

Clara – ¡Pero si eres tú quien me cansa, Alex!

Alex – Además, una barbacoa, entre nosotros... Es cosa de paletos, ¿no? ¿De verdad crees que los filósofos de la Ilustración se reunían alrededor de una barbacoa para rehacer el mundo mientras redactaban la Enciclopedia? No, ellos frecuentaban los salones literarios...

Clara – Vale... Pues yo sí que voy a esa barbacoa de paletos. Me servirá de vacaciones.

Alex – Muy bien, yo aprovecharé para escribir...

Clara – ¿Es tu última palabra?

Alex – Te digo que odio las barbacoas. Además, te recuerdo que soy vegetariano.

Clara – ¿Tú, vegetariano? ¿Desde cuándo? ¡Si ayer mismo comimos una pizza con jamón!

Alex – Bueno, jamón no es exactamente carne... Y se puede hacer una excepción de vez en cuando. Pero de ahí a reunirse entre amigos para ver asarse trozos de animales muertos...

Clara – Muy bien, pues yo te dejo aquí con tus memorias del buen viejo tiempo en que aún no me habías conocido. Pero un día te arrepentirás de no haber ido a esa barbacoa, Alex, créeme...

Ella sale, furiosa.

Negro.

Escena 7

Alex sigue sentado en su escritorio con la bata, pero esta vez tiene una pipa en la boca. Clara regresa de la barbacoa, visiblemente un poco achispada.

Clara – ¿Ahora fumas en pipa?

Alex – Quería probar. Pensé que quizás las ideas vendrían mejor con algo en la boca.

Clara – Justo estaba pensando lo mismo mientras Kevin me traía en coche...

Alex – Los escritores suelen fumar en pipa. Incluso las mujeres.

Clara – ¿Las mujeres?

Alex – George Sand fumaba en pipa.

Clara – ¿George Sand era una mujer?

Alex – Su verdadero nombre era Aurore Dupin.

Clara – Vaya, sí que sabes cosas sobre las mujeres y la pipa, por lo que veo. Pero si ni siquiera está encendida, tu pipa.

Alex – Es solo para morder algo. Pero tienes razón, quizá debería pasarme a la maría.

Clara – ¿La maría?

Alex – Baudelaire fumaba hachís, ¿sabes? Habla de ello en *Los paraísos artificiales*.

Clara – Vale...

Alex – Eso le ayudaba a encontrar la inspiración... ¿Habría sido Baudelaire un poeta tan grande si no hubiera fumado hachís?

Clara – No me digas que fumas maría a escondidas...

Alex – Tú, en cualquier caso, diría que no solo chupaste polos en esa barbacoa, ¿me equivoco?

Clara – Quién sabe... Pero chupar no es realmente engañar, ¿no?

Alex – Yo hablaba solo de un exceso de bebida, pero si tienes algo más que contarme...

Ella parece un poco incómoda.

Clara – En cualquier caso, me preguntaron por qué no estabas allí. No supe qué responder.

Alex – Para ser sincero... tengo la sensación de que toda esa gente que frecuentamos no me hace avanzar.

Clara – No me digas...

Alex – Que me frenan en mi evolución, si lo prefieres.

Clara – ¿Tu evolución? Querrás decir tu ascensión, me imagino.

Alex – Más bien tendría la impresión de que me tiran hacia abajo, ¿sabes?

Clara – No me digas...

Alex – Sí... Cuando estoy con ellos, me sorprendo a mí mismo rebajándome para ponerme a su nivel.

Clara – Te recuerdo que esos amigos tan poca cosa para ti también son los míos, Alex. Cuando los insultas, también me insultas a mí...

Alex – No hablaba de ti, cariño. Pero sí, creo que tú también mereces algo mejor que eso.

Clara – Si sigues apartándote de tus verdaderos amigos, Alex, acabarás solo.

Alex – A veces es mejor estar solo que mal acompañado.

Clara – ¿Y con frases tan manidas como esa piensas escribir una obra maestra? Quizá yo tampoco sea ya lo bastante buena para ti...

Alex – Pero bueno, yo no he dicho eso...

Clara – Ten cuidado, Alex. Si piensas que tu vida era más apasionante antes de conocerme, podría devolverte tu libertad más rápido de lo que crees... Yo también tuve una vida antes de ti, ¿sabes? Tenía sueños, como tú. Renuncié a todo eso, ¿y para qué? *(Con un tono melodramático)* Ni siquiera has conseguido darme un hijo...

Ella sale precipitadamente. Él se queda allí atónito.

Negro.

Escena 8

Alex está en su escritorio, sobre el cual se acumulan las hojas que ha ido llenando de tinta. Entra Clara. Ella parece ya haberse despejado de la borrachera.

Clara – Perdona por lo de anoche, había bebido un poco de más. Dije cualquier tontería.

Alex – Ya lo he olvidado, no te preocupes. He trabajado toda la noche. Creo que he terminado mis memorias... Al menos la primera parte...

Clara – ¿Entonces vas a volver a tu trabajo?

Alex – Dependerá de la acogida de mi manuscrito... Si es un éxito, podría escribir el segundo tomo...

Ella coge en la mano el montón de hojas que él ha llenado a pluma.

Clara – Manuscrito, nunca mejor dicho. Ya nadie escribe con pluma, ¿sabes? Si tuvieras que mandarlo a un editor, no estoy segura de que se tomara la molestia de descifrar tus jeroglíficos.

Alex – Tienes razón... Quizá podrías mecanografiarlo tú.

Clara – ¿Mecanografiarlo? ¿Pero en qué época vives, Alex? ¡Ya no existen las máquinas de escribir! ¿Y me tomas por tu secretaria, o qué?

Alex – Perdón, buscaré a alguien que lo haga.

Clara – ¿Y de qué sirve escribir a pluma si luego hay que mecanografiarlo? Mejor escribir directamente en un ordenador, ¿no?

Alex – Sí, pero un ordenador...

Clara – No quedaría muy bien con el escritorio y la bata.

Alex – Exacto...

Clara – Tendrías que pensar en ponerte al día, Alex... No tienes móvil. *(Señalando el teléfono fijo)* Has guardado ese viejo teléfono del siglo pasado, con su contestador automático.

Alex – Es verdad, creo que no nací en la época adecuada.

Clara – ¿Y cuál es, para ti, la época adecuada? ¿El periodo de Entreguerras, como dices?

Alex – ¿Por qué no? Los Años Locos debieron de ser fantásticos.

Clara – ¿Tú crees? No todo eran vividores como Sacha Guitry, ¿sabes? Con un poco de suerte, habrías hecho las dos guerras, como mi bisabuelo. Si no hubieras muerto en la primera, claro...

Alex – En todo caso, creo que siempre soñé con ser escritor, Clara. He encontrado una foto mía de niño, sentado en el escritorio de mi padre, con su pipa en la boca.

Clara – Todo un símbolo... Deberías hablar de eso con un psicólogo...

Él le tiende la foto.

Alex – Toma, mira... Es una foto que nunca he enseñado a nadie...

Ella mira la foto y parece un poco conmovida. Se la devuelve.

Clara – Pues sí... Soñar está muy bien, pero... ¡hay que madurar, Alex! Si un día no queremos acabar solos bajo un puente con un litro de vino... En todo caso, eso es lo que siempre me enseñaron...

Alex – Sé que no es fácil para ti, pero... solo se vive una vez. Durante años trabajé tras la ventanilla de un banco, sonriendo a los clientes y repitiendo los mismos gestos y las mismas palabras, día tras día. Iré hasta el final de mi sueño, Clara. Y si fracaso, al menos lo habré intentado.

Clara – Mientras tanto, soy yo la que irá a trabajar para pagar el alquiler y llenar la nevera. Pero no estoy segura de que eso baste mucho tiempo. Porque te recuerdo que no solo la bata es roja. Nuestras cuentas también están en números rojos.

Alex – Lo siento de verdad... pero para mí es una cuestión de supervivencia. Tenía que hacer algo... para intentar cambiar mi vida.

Clara – ¿Ah, sí? Pues quizá ha llegado el momento de que cambies también de mujer. Que encuentres una que encaje mejor con tu nuevo estilo de vida.

Un silencio.

Alex – Entonces, lo de mecanografiar el manuscrito, ¿es que no...?

Ella coge el manuscrito, furiosa, y sale.

Negro.

Escena 9

Alex sigue en su escritorio, pero parece desocupado. Suena el teléfono. No responde. Salta el contestador.

Voz en off – Sí, soy Jessica. Llamaba para tener noticias de Alex. Clara nos dijo que habías tenido una pequeña gastro... Espero que estés mejor. ¿Y Clara, cómo va? Creo que anoche te pasaste un poco con la sangría, ¿no? ¡Estabas desatada! Nunca te había visto así... Menos mal que Kevin te acompañó a casa, si no me habría preocupado un poco. Ah, por cierto, olvidaste tu bolso en su coche, tendrás que pasar a recogerlo por casa. Bueno, entonces, ¿repetimos el sábado que viene? Pero con Alex esta vez. Venga, un beso para los dos.

Alex ni siquiera reacciona. Vuelve Clara.

Clara – ¿Estás bien? Tienes un aire raro...

Alex – No, no, estoy bien... Debe de ser el *baby blues*...

Clara – ¿El qué...?

Alex – Para un escritor, después de poner el punto final a su manuscrito, empieza una etapa difícil, ¿entiendes...? Me siento un poco como una mujer que acaba de dar a luz.

Clara – Sin embargo, tu parto no ha sido muy doloroso, ¿no? Cómodamente sentado detrás de tu escritorio con esa magnífica bata.

Alex – Las grandes penas son mudas, dicen.

Clara – He leído el manuscrito durante mi pausa de mediodía antes de mecanografiarlo.

Alex – ¿Y bien?

Clara – Está lleno de faltas de ortografía...

Alex – Vale...

Clara – No hay corrector automático en tu pluma Montblanc.

Alex – Perdón... ¿Y aparte de eso...?

Clara – Aparte de eso... está bien.

Alex – ¿De verdad lo crees...?

Ella parece de repente mucho más entusiasta.

Clara – No pude soltarlo hasta terminarlo. Ni siquiera pensé en comer, yo tampoco.

Alex – No me dirás eso solo para hacerme feliz... ¿verdad?

Clara – No sabía que tenías un talento de escritura así.

Alex – Yo tampoco, te lo aseguro...

Clara – Deberías presentarlo a un editor.

Alex – Sí... No sé muy bien...

Clara – Vamos, hombre... si has escrito todo esto, no será para que se quede en un cajón, ¿no?

Alex – Temo no estar a la altura. Al fin y al cabo, no soy más que un simple empleado de banco.

Clara – Excepto que ese simple empleado de banco, cuando se pone su bata mágica, se transforma en un genio de la literatura.

Alex – No exageres tampoco, tiene que ser creíble...

Clara – ¡Eres un superhéroe, Alex! ¿Y esa bata es tu traje de Superman?

Alex – ¿De verdad lo crees...?

Clara – Voy a mecanografiar este manuscrito... Y yo misma me encargo de enviarlo a los editores más importantes de París.

Negro.

Escena 10

Alex está sentado en su escritorio, con aire desocupado, con una pila de cartas delante de él. Entra Clara.

Clara – ¿Ha pasado el correo?

Alex – Aquí está...

Clara – ¿Y entonces?

Alex coge algunas cartas al azar y lee.

Alex – A pesar de las numerosas cualidades de su manuscrito, esta propuesta no corresponde a nuestra línea editorial... *(Lee otra carta al azar)* Hemos leído su manuscrito con interés, pero lamentablemente no se inscribe en las líneas de publicación que desarrollamos en este momento... Hay como una decena así. Los demás ni siquiera se han dignado a responder.

Clara – Ni siquiera lo han leído...

Alex – ¿Cómo lo sabes?

Clara – Si lo hubieran hecho, al menos se habrían molestado en dar una respuesta personalizada.

Alex – O lo leyeron, al menos el principio, y juzgaron que no merecía otra cosa que una carta tipo.

Clara – Dicen que Gallimard rechazó primero el manuscrito de Marcel Proust.

Alex – *En busca del tiempo perdido*... Yo no estoy cerca de reencontrarlo, el tiempo que he perdido escribiendo estas tonterías. Y también te hago perder tu tiempo a ti...

Clara – Menos mal que Proust no se desanimó después de ese primer fracaso. Publicó su novela a cuenta de autor... y se convirtió en la obra más célebre de la literatura francesa.

Alex – Vaya, sí que sabes cosas...

Clara levanta su teléfono móvil.

Clara – ¡Wikipedia! ¿Y sabes quién había rechazado el manuscrito de Proust en Gallimard?

Alex – No...

Clara – ¡André Gide!

Alex – ¿Y qué?

Clara – Pues que... ¡los más grandes genios son a menudo incomprendidos! Sobre todo en sus comienzos.

Alex – Ya... O quizá yo no soy más que un escritor dominguero, y lo han entendido perfectamente. Tenías razón. ¿A quién podría interesarle la vida de un simple empleado de banco?

Clara – Tú mismo lo dijiste: ¡depende de cómo se cuente! *(Coge un libro al azar del escritorio, lo abre y lee)* «Durante mucho tiempo me acosté temprano. A veces, apenas apagada la vela, mis ojos se cerraban tan rápido que no tenía tiempo de decirme: me duermo...» Pero vamos a ver, ¿de verdad te parece más apasionante esto? Entiendo que Gide se quedara dormido también leyendo esto...

Alex – Es bonito que quieras animarme, Clara, pero hay que aceptar la evidencia. Nunca seré Marcel Proust. Ni tú, aunque cogieras una guitarra, te convertirías en Jimi Hendrix en pocas semanas.

Negro.

Escena 11

Alex está sentado en uno de los sillones. Ya no lleva su bata roja. Entra Clara.

Clara – ¿Qué has hecho con tu batín?

Alex – Lo he puesto a la venta en Wallapop.

Clara – Pero... ¿por qué has hecho eso?

Alex – ¡Esa maldita bata es la que nos ha llevado al borde de la ruina! Sin hablar de nuestra pareja... Tienes razón, debía de estar embrujada...

Clara – No, pero eso lo dije en un momento de rabia...

Alex – Además, me he informado... En realidad he sido víctima de un arrebato. ¿Conoces el síndrome de Diderot?

Clara – ¿El síndrome de qué?

Alex – O el efecto Diderot, si lo prefieres. Lo explica en un texto publicado en 1769 titulado *«Regrets sur ma vieille robe de chambre»*.

Clara – ¿Y qué es esa historia?

Alex – Un día Diderot recibe como regalo un magnífico batín.

Clara – Rojo, me imagino...

Alex – Una prenda cómoda y lujosa, pero que no correspondía en absoluto a su estilo de vida austero de filósofo de la Ilustración.

Clara – ¿Y entonces?

Alex – Empieza a pensar que su modesto interior no está a la altura de esa maldita bata. Arrastrado por una fiebre consumista, cambia todos sus pobres muebles por un mobiliario suntuoso, empieza a aburguesarse y pierde la inspiración...

Clara – Sí, pero en tu caso es exactamente lo contrario. Diderot olvida su vocación de escritor tras recibir esa bata. A ti, en cambio, esa bata es la que te empujó, aunque tarde, a abrazar la carrera literaria.

Alex – ¿Pero para qué resultado? Nadie quiere publicar mi libro, me he peleado con todos mis amigos, y hemos rozado el divorcio.

Clara – No exageres... Solo fue una chupadita en su coche para agradecerle que me acompañara. Y estaba completamente borracha...

Alex – También voy a quemar mi manuscrito.

Clara – ¡No hagas eso, te lo ruego!

Alex – ¿Y por qué no?

Clara – Pues porque... Me cuesta reconocerlo, pero tienes razón. Es verdad que nos habíamos encerrado en una rutina. Esta crisis al final nos habrá sido saludable, y quizá sea eso lo que salve nuestra relación.

Alex – Sí, pero las crisis de adolescencia, aunque sean tardías, no llevan a ninguna parte. Se acabó, tranquilízate. El lunes vuelvo a mi trabajo en el banco.

Clara – Como quieras... Pero yo también empezaba a encariñarme con esa bata. Y me resulta muy raro verte sin ella...

Negro.

Escena 12

Clara está sentada en el escritorio. Alex vuelve, con los brazos cargados de bolsas de la compra. Lleva zapatos de colores diferentes.

Alex – He pasado a hacer la compra al volver del trabajo.

Clara – Estupendo...

Alex – ¿Todo bien?

Clara – Sí... ¿Y tú?

Alex – Bien, la rutina.

Aun intentando poner buena cara, no parece completamente feliz. Clara se da cuenta.

Clara – ¿Seguro que estás bien?

Alex – ¡Claro! ¿Por qué no iba a estarlo...?

Clara – No sé... Para empezar, porque tus dos zapatos no son del mismo color...

Alex – Ah, sí, mira, es verdad...

Clara – ¿Has pasado todo el día sin darte cuenta?

Alex – Sí...

Clara – ¿Y nadie en la oficina te lo ha hecho notar?

Alex – No, pero es verdad que me miraban con una cara rara...

Clara – Quién sabe... A lo mejor vas a lanzar una moda... Ya que no conseguiste poner de nuevo el batín de moda...

Alex – Voy a meter los congelados en el congelador. Incluso he comprado polos. Y estos no los he dejado derretirse, créeme. Están todavía duros como piedras...

Negro.

Escena 13

Clara está otra vez sentada en el escritorio, consultando la pantalla de un ordenador. Entra Alex.

Alex – Al final parece que te gusta este escritorio. ¿Qué haces?

Clara – Tengo que confesarte algo, Alex...

Alex – No me digas que has decidido ponerte a escribir tú también.

Clara – No, tranquilo.

Alex – Si es sobre ese pequeño desliz con Kevin, ya lo he olvidado, te lo aseguro. Y francamente, casi prefiero no conocer los detalles...

Clara – No se trata de eso, Alex. Te hablo en serio...

Alex – ¿Qué?

Clara – Después del rechazo de tu manuscrito por parte de todos los editores, decidí publicar tu texto como autoedición en Amazon.

Alex – ¿Y entonces?

Clara – La primera semana, vendimos uno.

Alex – Seguro que fue un error. Un tipo que apretó la tecla equivocada al hacer el pedido.

Clara – La semana pasada vendimos dos.

Alex – Eso debieron de ser Jessica y Kevin... Ese cabrón de Kevin. Bien que me lo debía...

Clara – Hace tres días vendimos veintitrés.

Alex – No sabía que tuviéramos tantos amigos...

Clara – Ayer íbamos por ciento doce...

Alex – ¿No...?

Clara – Y hoy ya hemos superado los mil.

Alex – ¿Entonces... mi libro ya es un *best-seller*?

Clara – ¡Y tú, un autor de éxito!

Alex – Es increíble... Pensar que podría no haber comprado nunca esa bata...

Clara – Siempre he creído en ti, Alex.

Alex – Gracias, cariño. Pero ya sabes lo que se dice: detrás de cada gran hombre hay una gran mujer.

Clara – Pero no demasiado grande, para que no corra el riesgo de hacerle sombra.

Alex – Seguramente por eso los hombres rara vez eligen a una mujer más alta que ellos. O si no, son ellos los que empiezan a llevar tacones altos...

Suena el teléfono. Clara contesta.

Clara – ¿Diga...? Sí... Sí, claro... Sí, ahora mismo se lo paso... *(Más bajo, a Alex)* Editorial Por Debajo de la Mesa... Han visto que las ventas de tu libro en Amazon están despegando, y quieren que les envíes el manuscrito...

Alex – ¡Esta vez sí que tengo la impresión de que hemos ganado la lotería!

Negro.

Escena 14

Alex y Clara están sentados cada uno en un sillón, con una copa de champán en la mano. La botella reposa sobre el escritorio, en una cubitera.

Clara – Tienes razón, Alex. Este piso ya no corresponde en absoluto a nuestro estilo de vida.

Alex – De hecho, me pregunto si no sería mejor que dejaras también tu trabajo.

Clara – Ahora que escribes en ordenador, ya no me necesitas para mecanografiar tus manuscritos.

Alex – Si de verdad soy un autor de éxito, voy a necesitar un agente...

Clara – Tengo otra idea en mente...

Alex – En cualquier caso, tendré que encontrar un tema para mi nuevo libro. No va a ser fácil...

Clara – Sobre todo porque lo has hecho un poco al revés.

Alex – ¿Al revés?

Clara – Has empezado por escribir tus memorias...

Alex – No puedo pasarme la vida contándola, está claro.

Clara – Pues sí... Tendrás que empezar a interesarte también por la vida de los demás.

Alex – ¿Los demás? ¿Quieres decir... Kevin y Jessica, por ejemplo?

Clara – ¿Y por qué no?

Alex – Es verdad que, en su estilo, son todo un caso.

Clara – Una barbacoa podría dar para el tema de una buena obra de teatro.

Alex – ¿Un vodevil o una tragedia?

Clara – Depende de cómo termine, me imagino...

Alex – Lamentablemente, desde que ya no tengo esa bata, he perdido la inspiración.

Clara – No te preocupes... Tengo una sorpresa para ti...

Ella sale y vuelve con la bata.

Alex – ¿Has comprado otra igual? La vendedora me dijo que era la última...

Clara – Es la tuya. La volví a comprar en Wallapop.

Alex – Ya me extrañaba haber encontrado a un pardillo al que colocársela. Incluso a mitad de precio. ¿Entonces eras tú?

Clara – Si de verdad fue gracias a esa bata que escribiste tu primer *best-seller*...

Alex – A propósito, ¿cómo van las ventas?

Clara – Lamentablemente, ayer bajaron a doce ejemplares.

Alex – Vaya, mierda...

Clara – Quizá sea solo una turbulencia pasajera...

Alex – O tal vez se han dado cuenta de que soy un impostor...

Clara – Es verdad que el título podía dar lugar a confusión.

Alex – *El Batín de Diderot*.

Clara – Habrán pensado que se trataba de un inédito de Diderot, cuyo título era *El Batín*.

Alex – Sí, quizá nos entusiasmamos demasiado pronto...

Clara – Menos mal que todavía no hemos devuelto las llaves del piso.

Alex – Y que tú no has presentado todavía tu dimisión en el hospital.

Clara – La presenté ayer. Pero no pasa nada, ya he encontrado trabajo en una clínica. ¡Me van a pagar el doble!

Alex – ¡Entonces yo no necesito volver al banco!

Clara – A media jornada, quizá...

Suena el teléfono. Alex contesta.

Alex – ¿Diga...? Ah, hola Jessica... Sí... No... Vale... Sí, sí, se lo diré... Vale... No, no... Adiós Jessica...

Clara – ¿Era Jessica?

Alex – Sí... Pasando la aspiradora en el coche de Kevin, ha encontrado un sujetador bajo el asiento trasero.

Clara – ¿Ah, sí...?

Alex – Se preguntaba si no sería tuyo...

Negro.

Escena 15

Alex está sentado en su escritorio, escribiendo. Vuelve a llevar puesta su bata. Clara entra con una gran sonrisa.

Clara – Te has puesto a escribir otra vez...

Alex – Más o menos...

Clara – ¿Has encontrado una nueva idea para tu próxima novela?

Alex – Estoy haciendo un crucigrama...

Clara – Ah... De vuelta a la casilla de salida, entonces...

Alex – Antes hacía sudokus...

Clara – Tienes razón, de los sudokus a los crucigramas... Se puede decir que has subido un peldaño.

Alex – Era un hombre de cifras, me he convertido en un hombre de letras. ¿Y tú? Parece que estás de buen humor... ¿Las ventas de mi libro vuelven a subir?

Clara – No, pero yo también he jugado a la lotería.

Alex – ¿Y...?

Clara – ¡He ganado!

Alex – ¿El gordo?

Clara – Dos euros.

Alex – ¡Eso es lo que cuesta la apuesta!

Clara – He preferido verlo como una señal del destino. Así que decidí darme un capricho también.

Alex – ¿Más polos? Espero que esta vez no se te hayan derretido en las rodillas...

Clara – No, no son polos...

Alex – ¿Ah, no? ¿Entonces qué?

Clara – ¡Sorpresa!

Ella sale y vuelve con un estuche de guitarra.

Alex – ¿Qué es eso?

Clara – Nunca lo adivinarás...

Alex – ¿Una metralleta?

Ella abre el estuche y saca una guitarra eléctrica.

Clara – ¡Una guitarra!

Alex – No sabía que tocaras la guitarra...

Clara – No la toco... Todavía. Pero siempre he soñado con hacerlo.

Alex – ¿Ah, sí? Nunca me lo habías dicho.

Clara – Yo también tengo mi jardín secreto, ¿sabes...?

Alex – ¿El comienzo de una gran carrera para ti también, entonces...?

Ella empieza a tocar con frenesí. La banda sonora lanza unos acordes estridentes... y luego un solo vertiginoso al estilo Hendrix.

Él la mira, atónito.

Negro

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Agosto de 2025

ISBN 978-2-38602-359-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.